Interior del monasterio de Calatrava la Nueva.

Por la calzada empedrada, de subida pendiente, van llegando jinetes y escuderos. Ante la Puerta de los Arcos hacen guardia dos ballesteros calatravos, que recogen las armas a cuantos no alcanzan la categoría de caballeros profesos de la Orden. Se abre con chirriar de goznes la Puerta de Hierro, término de la clausura. Nadie en el zaguán umbrío y pequeño, verdinegro de musgo. Amplia escalinata de diez gradas lleva hasta el Parlatorio, patio cuadrilongo con asientos de yeso, donde los monjes se recrean en honesta conversación, hoy más animada que nunca ante la inminencia del Capítulo convocado por el Maestre. Seis ventanales, con cristales de colores, dan luz al refectorio; al fondo del grandioso aposento, en larga mesa sobre doble grada, comen frugalmente el anciano Maestre don García, el Comendador Mayor, el Prior y Subprior del convento, el Sacristán, el Obrero, el Alcaide, el Mayordomo y otras dignidades. Falta el Clavero, don Juan Núñez de Prado, cuya llegada se espera a la tarde a la hora del Capítulo. En dos mesas laterales se colocan los caballeros profesos y conventuales ancianos. En las cuatro restantes, los no profesos y cuantos no llevan seis años de hábito.

Concluída la refacción, la doble fila de caballeros y monjes, con sus mantos blancos y cruces rojas al pecho, atraviesa con ténue bisbiseo de oraciones el claustro iluminado por el oro del sol, limpio y claro en la tarde otoñal. En el centro, la amplia copa de la oliva centenaria, símbolo de victoria y emblema de paz, extiende la mancha negra de su sombra entre los guijos redondos y brillantes.

Bajo el arco ojival de la Puerta de la Estrella pasan los calatravos. Las tres amplias naves de la Iglesia, sostenidas por machones románicos, se llenan de rezos corales. Difumínase la luz a través de las ventanas multicolores y se fragmenta al atravesar el enorme rosetón polícromo de doce lóbulos. Los ochenta sitiales del coro se han ocupado casi por completo. Y en la capilla grande, dedicada al Descendimiento de Nuestro Señor, con su frontispicio de lazos, flores y blasones de los Padilla, el Maestre y el Prior asisten a la imposición del hábito a tres nuevos religiosos calatravos. El estandarte de la Orden, de damasco blanco con la imagen de Nuestra Señora y en el reverso la Cruz colorada trabada de negro, preside la ceremonia.

La campanita de la espadaña convoca al Capítulo. Por el camino de Villarreal, con galopar vertiginoso, ya llegó el clavero don Juan, enemigo irreconciliable del Maestre. Ha terminado el rezo. Y, atravesando de nuevo el Claustro, monjes y caballeros penetran en la sala capitular.

La estancia presenta ahora un aspecto imponente: el artesonado mudéjar de maravillosa labor, brilla con reflejos áureos; sobre la cornisa campean los escudos de los Padilla, en plata, oro y azul; refulge el pavimento de azulejos blancos y negros, como tablero de ajedrez. La doble fila de asientos de talla primorosa aparece ocupada por blancos ropajes. Y don García López de Padilla, senecto y achacoso, preside desde su alto sitial el Capítulo de la Orden..

Habla don Juan Núñez de Prado. Su voz de acusación, tonante y enérgica, adquiere tonos apocalípticos. Nada menos pide que la destitución del Maestre. ¿Delito? ¡El más grave que puede cometer un calatravo!: ¡Traición y cobar-



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #8, 6/1947.